

# ITURRIAGA, ADELANTADO DE LAS ARTES PEDAGOGICAS SOBRE EL VASCUENCE

*Por Fr. JOSE IGNACIO LASA*

En las Juntas Generales celebradas en Mondragón en el mes de junio de 1830, se acordó la creación de una Comisión Auxiliar de la Diputación de Guipúzcoa para el fomento de la industria, comercio y de la lengua vascongada. La creación de esta Comisión era un proyecto que se venía planeando en las Juntas desde el año 1819. Según los propugnadores, en líneas generales, el plan vendría a ser una copia de la Sociedad Vascongada de los Amigos del País (1).

Los objetivos que abarcaría el programa se referirían, primordialmente, a la industria, comercio y ciencias y artes, sin que entrase en los objetivos perseguidos un capítulo o apartado especial relativo al fomento de la lengua vasca. Pero el ilustre representante de Zumaya, don Joaquín Francisco de Berroeta y Aldamar hizo presente en las Juntas cómo el Excmo. Sr. don Juan Bautista de Erro, distinguido hijo de la Provincia y Consejero de Estado de S. M. y autor del «Alfabeto de la lengua primitiva de España» y del «Mundo primitivo», le había manifestado el deseo de que se formase una Sociedad que procurase la conservación e ilustración de la lengua vascongada. Y la Junta, apreciando el celo de dicho señor por su lengua, acordó incluir la petición del Sr. Erro entre los fines de la Comisión. Los Sres. Conde de Monterrón, Joaquín de Michelena, Balzola y Arteaga fueron nombrados como miembros de la citada Comisión. Estos, como es lógico, acudieron a los técnicos en la materia para asesorarse, según consta en el Archivo General de Guipúzcoa. Secc. 1.<sup>a</sup>, Neg. 21, leg. 133. Se incluyen en el legajo cuatro trabajos que se refieren a las siguientes materias: Estado de la industria del hierro en Guipúzcoa y estableci-

---

(1) Se solicitó a la superioridad la competente autorización, que le fue concedida el año 1829, pero por las circunstancias anormales que ocurrieron en esa fecha, no se llevó a efecto.

miento de una ferrería experimental y normal (sin firma). Un estudio de geognosia o la ciencia de conocer científicamente la masa sólida de la tierra, firmado por Francisco Saturnino Gallinas. Proyecto para levantar la carta de Guipúzcoa por operaciones trigonométricas y observaciones astronómicas, con las firmas de Antonio Ramón y Miguel Azcárate. Y una Memoria relativa a la conservación de la lengua vascacongada. Lleva un texto de Zacarías: «Salutem ex inimicis». Carece de firma, pero una lectura detenida de su contenido nos aclara sin confusiones su autor: Agustín Pascual Iturriaga, beneficiado en Hernani y bien conocido fabulista vasco. Este ilustre escritor nunca firmaba sus trabajos, o simplemente se limitaba a consignar sus iniciales: D. A. P. I. P. A pesar de haberse dedicado intensamente a tareas escolares y ganado fama de notable pedagogo, no nos dejó, o por lo menos no conocemos, los métodos que empleaba en la enseñanza. Creo que esta Memoria, inédita hasta el presente, es la fuente más importante para conocer su pensamiento y sus criterios pedagógicos. Es verdad que el mes de julio de 1817 presentó para su aprobación un reglamento de materias que se habían de estudiar en su colegio de Hernani, pero el Reglamento es demasiado escueto para saber los métodos pedagógicos que practicaba.

En esta Memoria estudia los medios que se podrían usar para conservar y extender el vasco. No le entusiasman demasiado los filólogos que tratan de hacer la anatomía del vascuence y le colman de alabanzas y elogios por sus múltiples grandezas. ¿Qué importa — escribe — que sea propísimo en la significación de sus voces, muy cortés en sus fórmulas y expresiones, rico y armonioso en vocablos, ordenadísimo en sus reglas, la más antigua lengua de España... si cada día camina con más celeridad hacia su perdición y se nos va a desaparecer totalmente? Si nos descuidamos nos vamos a quedar como el cuervo de la fábula, hinchados de vanidad y sin queso, agrega. Reconoce y lamenta amargamente la triste situación y los peligros que le amenazan y las pérdidas territoriales que ha experimentado, señalando como causante y enemigo número uno a las escuelas de primeras letras. En esos centros cree que se trama una conjuración sistemática y permanente por los métodos antipedagógicos que se emplean para enseñar a leer a los niños, por el abuso de los fatales anillos y otros castigos que llevan el aborrecimiento del vascuence, forjando así constantemente armas para destruir la lengua, «haciendo de los niños otros tantos titanes destinados a destruir a su madre».

¿Qué hacer? Todo lo contrario de lo que se ha hecho hasta ahora en las escuelas, responde. ¿Se ha enseñado a leer a los niños en castellano? Enséñeseles a leer en vascuence. ¿Se les ha obligado a hablar

el castellano sin preparación ninguna anterior? No se les obligue a hablarlo hasta que tengan copia suficiente de voces y frases castellanas.

A pesar de su gran admiración por el P. Larramendi, a quien considera «ernaniarra», ya que dice que nació accidentalmente en Andoain, no coincide con el autor del Diccionario trilingüe en la apreciación de algunos puntos. Juzgaba el P. Larramendi que uno de los medios de conservar el vascuence sería el aislar el pueblo vasco de la comunicación de los castellanos. De ahí su oposición y sus temores por la realización de la apertura del camino real entre España y Francia (Salinas-Irún), que se había iniciado el año 1754 y estaba en plena realización en 1766, año de la muerte del P. Larramendi. Iturriaga piensa de muy distinta manera. «Salgamos al encuentro, escribe, recibámosle en paz, introduzcámosla como amiga en nuestra casa». Nada hay de irreconciliable entre el vascuence y el castellano. Muy al contrario, Iturriaga proyecta convertir en ventaja de la lengua vasca la fuerza y la presión del castellano. *Slutem ex inimicis*. Diríamos con los términos hoy de moda que Iturriaga es partidario de la coexistencia del vascuence con el castellano.

Iturriaga hace mucho hincapié en la implantación del método intuitivo del conocido al desconocido, del vascuence al castellano. En este aspecto pedagógico no iba equivocado, ni mucho menos. Para facilitar la publicación de las enseñanzas y orientaciones pedagógicas que expone, presenta una cartilla y dos libros de diálogos vasco-castellanos. Estos trabajos serían «El Arte de aprender a hablar la lengua castellana» obra publicada en Hernani el año 1841, y los «Diálogos vasco-castellanos», publicados también en Hernani el año 1842. Hemos tratado de encontrar una pista, pero no nos ha sido posible el dar con ella. Iturriaga, ya por el ejercicio del magisterio, ya por las comisiones que le encomendaron, estaba muy bien impuesto en las orientaciones pedagógicas. El año 1821 la Diputación de Guipúzcoa le comisionó para que hiciese una selección de libros de textos escolares, como veremos después. No queremos extendernos en el examen de la Memoria, ya que el lector podrá hacerlo por sí mismo.

## MEMORIA

Memoria sobre el decreto de las últimas Juntas Generales de Mondragón relativo a la conservación de la lengua bascongada.

*Salutem ex inimicis nostris. Zacarias.*

El autor anónimo de la disertación crítica o apologética sobre la lengua bascongada se queja que son pocos los que se han ocupado de

este idioma, y que todavía son menos los que lo han estudiado con algún fruto. Yo prescindo de si es fundada o no la queja, y de si, como pretendo, puede quedar aún, o no mucho que hacer, para sondear el mecanismo de nuestra lengua nativa, y descubrir sus perfecciones, pero lo que veo es que mientras nuestros filólogos están haciendo la anatomía de esta lengua, se nos va escapando de las manos, digámoslo así, y que si nos descuidamos nos vamos a quedar como el cuervo de la fábula hinchados de vanidad y sin queso. ¿Qué importa que el vascuence sea propísimo en la significación de sus voces, muy cortés en sus fórmulas y expresiones, ordenadísimo en sus reglas, conexo, consecuente en su construcción, armonioso sin par; rico y copioso en vocablos, la más antigua lengua de España, universal por un tiempo en la Península primitiva, si se quiere, y como tal inspirada por el mismo Dios a nuestros primeros padres? ¿Qué importa, digo, todo esto, si cada día camina con más celeridad hacia su perdición, y se nos va a desaparecer totalmente? Si el mérito intrínseco de una lengua pudiera bastar para su conservación, vivieran aún con todos los atavíos que las engalanaban, las hermosas lenguas en que hablaron Demóstenes y Cicerón, pero la dominación es la árbitra de todas ellas y más tarde, o más temprano, tienen que ceder a su irresistible imperio; así es que la lengua bascongada va experimentando la suerte común de todas las demás. Una lengua mantiene su primitiva pureza, y se conserva ilesa, mientras está aislada. Desde el instante, en que saliendo de su aislamiento, se pone en comunicación con otras, empieza a corromperse y perderse. Si los países o provincias, en que las lenguas son diferentes, pasan a ser partes integrantes de un estado o una nación, la lengua que adopta por suya el gobierno, será la dominante, porque todos los intereses y ventajas se reunirán para cultivarla y generalizarla. Prevalecerá pues sobre todas las demás, enriqueciéndose cada día, y quizá en mucha parte a costa de las otras, y acabará por eclipsarlas hasta hacerlas desaparecer totalmente. Tal es desde algunos siglos a esta parte la posición de la lengua bascongada con respecto a la castellana, y tal la suerte final, que irremediamente le va a caber. La continua e íntima comunicación, en que estamos con ella, y la necesidad que tenemos de poseerla, si hemos de conservar nuestras relaciones políticas con el gobierno, dedicarnos a diferentes profesiones, y hallar colocación en la península, y ultramar, han hecho que nuestra lengua nativa experimente los efectos de la acción, que la castellana ejerce sobre ella, trabajándola de continuo y arrastrándola hacia su total desaparacimiento. Y ¿cómo no ha de ser así, si, consultando nuestras ventajas, procuramos nosotros mismos con todo el empeño, que ellas nos aconsejan, exterminarla de su suelo natal? Si no, échese una ojeada sobre nuestras es-

cuelas de primeras letras y en ellas se tocará de lleno esta triste verdad. Allí se verá tramada una conjuración sistemática y permanente contra la lengua bascongada: allí formadas las oficinas, en que se forjan constantemente armas para destruirla, haciendo de los niños otros tantos titanes destinados a destronar a su madre. Estas no son figuras retóricas, r.o son exageraciones, ni espantajos, son la pura y exacta verdad, y la palparemos, si pasamos a examinar la práctica introducida en dichas escuelas de tiempo inmemorial, para enseñar a los niños hasta la edad de la pubertad, que es el período de tiempo, que asisten a la escuela, desde que llegan a tener cinco o seis años. Pues tan pronto como entran en ella, se principia por ponerles en las manos la cartilla castellana. Luego que han aprendido a leer en ella, se les da sucesivamente el Astete, el Catón, y otros libros, todos castellanos, y si se les hace leer y aprender la doctrina cristiana en vascuence, es porque los más de los párrocos acostumbran preguntársela públicamente en la parroquia para la instrucción de los fieles.

Apenas han aprendido algunas palabras sueltas en castellano se les obliga a hablar en esta lengua, y por consiguiente a que vayan olvidando su corto diccionario bascongado. En otra edad, en que sienten más la necesidad de poseer el castellano, se aperciben de las dificultades, que para aprenderlo les pone el vascuence, y este conocimiento junto con el recuerdo de los fatales anillos y los castigos, que a ellos se siguieron, hace que aborrezcan su lengua nativa. A vista de causas tan poderosas, y que de tantas maneras y tan constantemente están trabajando a nuestra desventurada lengua, me parece que oigo decir al lector: que es imposible salvarla de las garras de tan mortales enemigos; y añadir quizá que, aun cuando fuera posible, no vale la pena de salvar y conservar una lengua ceñida a un pequeño rincón de la Península, y que por lo mismo para nada puede servir. Reparos semejantes dejó satisfechos mi paisano el P. Larramendi. [Hay una nota que dice: «El P. Larramendi, que nació accidentalmente en Andoain, era de Hernani, así como el P. Cardaveraz, su íntimo amigo y agonizante»].

Al primero contestó con su gramática y diccionario, de la lengua bascongada como yo trato de hacerlo con los libritos, que estoy trabajando; al segundo con razones, como también lo haré yo, pero oigamos primero las del sabio P. Jesuita en su demostración previa al arte, pág. 9. «Pero ¿de qué ha de servir, válgate Dios, el arte, el diccionario, y todo ese afán y trabajo, si no hay libros en esa lengua, si está cerrada entre aquellos riscos, si no la ha de aprender nadie? Muchos síes son esos, y estaba respondido con otros tantos noes o nones. Al primero digo que hay algunos pocos libros en bascuence, y si quieres más, yo

te los escribiré de buena gana, si (y va uno) quieres aprender la lengua para leerlos: si (y van dos) dieras unas friegas a la bolsa para imprimirlos: al segundo digo que no le ha ido tan mal al bascuence entre aquellos riscos, que le han sabido conservar tantos centenares de años, lo que no supieron los llanos. Más ceñido estuvo en sus principios el latín, y después se extendió, y lo mismo puede suceder al bascuence, y más, si nos acompañamos a hablarlo en todas partes con la misma licencia de los que hablan francés. Al tercero digo que a lo menos la aprenderán los mismos bascongados, que no la saben signate y reflexe: pasen los términos de la escuela, en que significo que no lo saben científicamente y con reflexion, distinguiendo de declinaciones, de nombre y pronombre, de conjugaciones absolutas y relativas, de la armonía de la sintaxis y otras cosas que ignoran: de que nace que, aun en el modo regular, pocos lo hablan bien. Además que puede haber algunos curiosos, que la quieren aprender por su afición particular a la nación, y otros habrá que a lo menos lo estudiarán, lo que basta para censurar y hallar tachas y defectos en ella».

No vio el Padre Larramendi bien en esta parte, porque sus extraordinarias y penosas tareas, para la composición de la gramática y diccionario susodichos, debieron robarle todo el tiempo, que le dejaran sus indispensables obligaciones, y no pudo tener seguramente lo necesario, para reflexionar debidamente sobre la materia. En prueba de esto, dejó incompleto su diccionario en la parte, como él mismo dice, más fácil y material. A no ser así ¿cómo podría haberse escondido a su penetración, lo que ha podido ver mi corto alcance? No; el P. Larramendi veía que todo el fruto de sus tareas solo podía servir para lo que ha servido; a saber, para el estudio metafísico de la lengua bascongada, pero no que ni sus obras ni las de cuantos le siguiesen en el sendero, que dejó abierto, bastarían para que la lengua bascongada no fuese experimentando los efectos destructores de la comunicación con otras. Tal vez esta última previsión fue una de las razones, porque miraba con ceño y desaprobaba la abertura del camino real para Castilla y Francia. Lo que no vio y hubiese visto acaso, a haber vivido más, o haber tenido más tiempo, es el medio de convertir en ventaja de la lengua bascongada la fuerza de la nación, que la castellana estaba ejerciendo sobre ella, no de otra manera que convierte el hombre en bien suyo las fuerzas físicas, dando a las leyes naturales la dirección correspondiente al objeto que se propone.

Ya hemos probado que las lenguas dominantes prevalecen sobre las que no lo son porque se cultivan con preferencia a ellas. Cultivemos el vascuence; y veremos que la misma causa produce el mismo efecto. Pero ¿cómo hemos de cultivarla, si hemos visto que todos nuestros inte-

reses y ventajas están en contra de ella? La cultivaremos convirtiendo estos intereses y ventajas en favor suyo. Ahí está la imposibilidad, se me dirá. Pero yo responderé que esta imposibilidad no es absoluta, o total, sino que es posible en parte, y que esta parte posible es suficiente para la conservación de nuestra lengua nativa, para hacerla más generalmente inteligible en todo el país bascongado, y para detener su marcha retrógrada, que es el objeto del decreto, sobre que versa este escrito.

A este fin empecemos a derramar al enemigo desbaratando las oficinas, donde forja sus armas. El lector entiende ya que hablo de las escuelas de primeras letras. Pero veamos antes sus perniciosos efectos en aquellos pueblos de Vizcaya, Alava y Navarra confinantes con otros, donde tiene ya sentados sus reales la lengua castellana, y está en plena y pacífica posesión de su dominio. En ellos hoy los hijos de padres de familia, que aprendieron a hablar el bascuence, y lo pudieran hablar todavía, no entienden esta lengua, y los actuales párrocos son los que por primera vez han hecho resonar en aquellos templos acentos castellanos. Enseñándose a los niños a leer y hablar en este último idioma, a detestar el bascuence y olvidarlo, y estando en continua e íntima comunicación con los pueblos vecinos, en donde ya no se habla otra lengua, sino la que a ellos se les quiera enseñar; fuerza es que aprendan está, abandonando totalmente la que se les hace detestar, y olvidar. Y he aquí los párrocos precisados a hablarles e instruirles en castellano, lo que hacen con tanta más gana, cuanto que por iguales causas conocen mal la lengua nativa, y les es más fácil explicarse en la castellana.

Destruyamos pues desde luego esta práctica tan perniciosa a la lengua bascongada, y sustituyámosle otra, que la hermane con la lengua castellana haciendo que se auxilién recíprocamente, y que de enemigas, que eran hasta aquí, se hagan y sean en adelante íntimas amigas y compañeras. ¿Qué pretendemos, o qué necesitamos nosotros en nuestra posición actual con la lengua castellana? Aprenderla y llegar a poseerla con la mayor perfección posible.

Y ¿qué han hecho con nosotros para enseñárnosla, y qué hacemos nosotros para enseñar a nuestros jóvenes? Erizarla de dificultades, haciéndola chocar de frente con nuestra lengua nativa y poniéndola en pugna con ella, pero en una pugna tan encarnizada como perjudicial a nuestra lengua nativa. Ya que por la naturaleza de las cosas esta lucha es desigual, y el triunfo ha de quedar para la lengua castellana, salgámosle al encuentro, recibámosla de paz, introduzcámosla como amiga en nuestra casa, y una vez que nos jactamos de civiles y cortesés, démosle un hospedaje correspondiente a las prendas, de que hacemos

alarde. Creamos que, si nos gloriamos de afables y corteses, el castellano hace vanidad de ser francés, bizarro y generoso, y que sabrá corresponder a nuestro obsequioso trato, no mezquina e individualmente, sino con nobleza y con generoso agradecimiento.

Haciendo en nuestras escuelas de primeras letras todo lo contrario de lo que hasta ahora se ha hecho, habremos conseguido el doble objeto, que nos proponemos, es decir, la destrucción de una práctica perniciosa a nuestra lengua, y la introducción de otra, que le sea favorable. Enséñeseles a leer en bascuence. ¿Se le ha obligado a hablar el castellano sin preparación alguna anterior? No se les obligue a hablarlo hasta que tenga copia suficiente de voces y frases castellanas.

Las lenguas se aprenden de tres modos: o por imitación, o por principios o por uno y otro medios juntamente. Del primer modo se aprenden generalmente las lenguas vivas y del segundo las que se llaman muertas. La lengua castellana es lengua viva, pero no lo es respecto a la mayor parte de los bascongados y especialmente respecto a los niños. Sin embargo se les ha enseñado a estos en las escuelas por imitación, como si fuese viva respecto a ellos, y he aquí el error, origen del mal que trato de atajar. Es menester confesar que hasta el tiempo del P. Larramendi no es de extrañar que no se les hubiese enseñado de otro modo, porque faltaban medios fáciles al intento; pero desde que este P. dio a luz su arte y Diccionario bascongados, apenas se puede concebir cómo se ha seguido un método tan absurdo por todos lados. Hablando muchos el español entre nosotros tampoco se puede llamar a esta lengua enteramente muerta, y de aquí la ventaja de poderla enseñar del tercer modo, es decir, por imitación y por principios, que es el método mejor y el que nuestra posición con la lengua castellana nos aconseja seguir por dicha nuestra. Adoptémosla desde luego y con todo el empeño posible, y veamos los resultados, que va a producir indefectiblemente, si lo hacemos observar con tesón y constancia en todas las escuelas de primeras letras.

Enseñando a los niños a leer en bascuence por la cartilla que acompaña, el primer fruto que se recojerá indefectiblemente, será el de facilitarles esta operación trabajosa. Si podemos traer a la memoria los malos ratos, que ella nos ha causado, y las lágrimas que nos han hecho derramar en nuestros tiernos años, nos persuadiremos de una verdad, que parece paradójal, y es que la operación más difícil, que presenta la instrucción del hombre, es indudablemente la lectura. Los Señores Maestros de primeras letras pueden testificar esta verdad, que la están palpando cada día. He dicho que el primer fruto que se va a recojer del método que propongo, es el de facilitar a los niños esta difícilísima

operación de la lectura, porque, siendo cierto que esta operación la debemos más a la previsión o adivinación de las palabras y frases, que vamos a leer, que a la material inspección de cada letra y sílaba, y a la aplicación de nuestra atención sobre cada una de ellas, es claro que los niños han de aprender con más facilidad a leer en vascuence, que lo entienden, que en el castellano que no lo comprenden. Así es que leemos con más desembarazo los asuntos familiares, que los extraños, y que manuscritos antiguos, y aun modernos, indescifrables, por el carácter de su letra, los desciframos por solo el socorro de unas letras o sílabas a favor del conocimiento anticipado, que tenemos de las palabras y frases de la lengua, en que están escritos. En consecuencia de esta observación se ha procurado no introducir en la cartilla, ni en los diálogos, ninguna palabra o frase, de que no tengan conocimiento anterior los niños, o que no lo puedan tener con la mera indicación del Maestro. Este punto es capital en la enseñanza, en la cual se debe proceder siempre de lo conocido a lo desconocido. Del abandono de este principio fundamental provienen la pobreza o casi total falta de libros elementales en toda clase de instrucción, y yo no lo perderé de vista en el método que propongo. Los niños empezarán desde las primeras letras del alfabeto a leer, al paso que las vayan conociendo. Así se les ahorrará el fastidio resultante del monótono sonsonete de la lectura de sílabas insignificantes; y para cuando hayan llegado a conocer las últimas letras del alfabeto, sabrán ya leer. Como irán palpando a cada paso la utilidad del conocimiento de las letras por el resultado de la combinación de éstas, su amor propio se lisonjeará con los progresos, que irán haciendo, no de otra manera que se engríen cuando, a favor de una caña o de una onda, alargan la palanca de su corto brazo y extienden hasta un elevado tejado la piedrezuela, que sin este adminículo no hubieran podido arrojar, sino muy a corta distancia de sí mismo. A medida pues que vayan conociendo el aumento de sus fuerzas irán entrando en ganas de progresar más y ved aquí todo el secreto de la enseñanza.

Luego que los niños están corrientes en la lectura de la cartilla pasarán a leer el primer librito de diálogos basco-castellanos, cuya muestra acompaña. Se reduce a conversaciones triviales propias de su edad, y algunos apólogos, que interesen su curiosidad. Se ha procurado que las preguntas y respuestas sean muy cortas, y que la construcción bascongada se acerque en todo lo posible a la española, para que entiendan mejor la correspondencia castellana. Se ha tenido también mucho cuidado en la introducción de voces vascongadas, poco o nada usadas, para que no hagan ininteligibles las frases y se vayan adoptando y generalizando paulatinamente.

El segundo libro, que se les hará leer, cuando estén corrientes en el primero, y de que también acompaña una muestra, contiene retazos de la historia natural más acomodados a su edad. No puede menos de agradarles su lectura. Por su novedad, interés y curiosidad, no sólo los divertirá con agrado, sino que al mismo tiempo les será instructiva bajo diferentes aspectos, y contribuirá a formar convenientemente sus tiernos corazones, que es en lo que consiste lo esencial de una buena educación.

Seguirá a los dos libritos susodichos un compendio de gramática basco-castellana, que estudiarán los jóvenes para instruirse y adiestrarse prácticamente en la declinación y conjugación y construcción de ambas lenguas, y al fin del arte se pondrán la tabla pitagórica, y las cuatro reglas de aritmética en ambas lenguas.

Veamos ahora las ventajas, que nos podemos prometer de la introducción de este método en nuestras escuelas de primeras letras, y para hacerlas resaltar más, pongámosle en parangón con el que tratamos de suprimir.

Hemos evidenciado que el método actual dificulta la enseñanza de la lectura y la hace fastidiosa tanto como el nuevo método la facilita y la hace agradable.

El método actual, obligando a los niños a hablar el castellano por imitación, sin preparación ninguna anterior, les pone en la alternativa de condenarse a la mudez en la edad más locuaz, o de hablar una lengua que no la saben, ni la oyen hablar, resultando de aquí que para salir de la tortura, en que se encuentran, sin incurrir en la pena, que se sigue al fatal anillo, forjan entre sí a favor de algunas palabras sueltas, una especie de germanía o guirigay, tanto más ridículo y extravagante, cuanto son diametralmente opuestas las construcciones de las dos lenguas, y esta jerigonza deja tales resabios, que apenas desaparecen del todo, aun después que se haya seguido la carrera de las letras. El nuevo método atajando este inconveniente de tanto bulto, irá enseñando a los niños con la lectura de los diálogos las dos lenguas, insensiblemente, sin ningún esfuerzo, ni violencia y sí con mucho agrado. No quiero decir que los bascongados no encontrarán en adelante ninguna especie de dificultad para producirse en castellano. La lengua nativa, que ha ordenado nuestras ideas conforme a su índole y construcción, siempre será un obstáculo para poderse explicar con toda propiedad, corrección y facilidad en cualquiera otra, y especialmente en las de índole y construcción enteramente opuestas. Lo que digo es que por el nuevo método hablarán los niños un castellano mucho más regular y que lo hablarán con mucha más expedición. Por él se conseguirá además otra ventaja de

la mayor importancia, y es que se cultivará nuestra lengua nativa, se enriquecerá con voces y frases inusitadas ya, y con las que, creadas analógicamente por el P. Larramendi, nunca han salido de su diccionario, sino para ser trasladadas a algunas obras, que las han hecho ininteligibles y fastidiosas, y que por tanto han quedado arrinconadas para siempre. Fijada hasta cierto punto nuestra lengua por medio de los diálogos referidos, se generalizará en el país y se hará inteligible en todo él, porque no quedará más diferencia que la precisamente irremediable de sus varios dialectos, la cual debe consistir tan solamente en la diferencia de la declinación y conjugación. Es verdad que, para conseguir este resultado, será menester ir multiplicando sucesivamente el número de los libritos de diálogos basco-castellanos; pero surtiendo los dos de que he hablado al efecto, que es de desear y esperar, quedará asegurado el despacho de todos ellos con beneficio inapreciable para la instrucción de los jóvenes del país, y no obstará la dificultad, que embarazaba al P. Larramendi, cuando decía, «yo te escribiré más libros en bascuence, si dieras unas friegas a la bolsa para imprimirlos».

El P. Larramendi los hubiera escrito seguramente, si le hubiera ocurrido esta idea, porque hubiera asegurado el despacho de ellos. Si hubiese sucedido así, la lengua bascongada hubiera sido aun hoy en el día la de no pocos pueblos, que han entrado bajo el dominio de la castellana, y hubieran sido harto más fructuosas las laboriosas tareas, que costaron a mi paisano su arte y su diccionario. Mas, ya que no ha sido así para desgracia de nuestra lengua, apresurémonos sin pérdida de tiempo a adoptar la idea, que la ha de salvar. El nuevo método instruyendo desde sus primeros años a la nueva generación en la lengua de sus padres, contendrá en sus límites actuales los estragos, que va haciendo la castellana, porque ésta no caminará como hasta aquí con espada en mano, labrando su fortuna sobre las ruinas de nuestra lengua nativa; al contrario vendrá a nuestro suelo a hermanarse con ella, y a vivir en compañía suya en la mejor correspondencia y la más íntima amistad. Si alguno dijere que la idea que propongo nada tiene de particular y salta a los ojos de cualquiera, le responderé primeramente en el lenguaje festivo del P. Larramendi: «Ikusi ta urrisa»; le diré en segundo lugar que no hubiera venido a mis mientes, ni muy probablemente a las de ningún otro, a no haber sido por la excitación del autor del Alfabeto bascongado y del Mundo primitivo, que ha motivado el decreto de las Juntas de Mondragón. Sin su amor ardiente al país donde vio la primera luz, y a la lengua en que pronunció sus primeras palabras y de que es entusiasta, hubiera quizá continuado siendo cada vez mayor la indiferencia, cuando no la aversión, con que la miramos por las razones que se han expuesto. Mas ya que depende de nuestro arbitrio, que desapa-

rezcan éstas con todos sus lamentables efectos, no las dejemos subsistir un solo instante, y plantemos desde luego un método que, como hemos visto, ha de ser fecundo en resultados lisonjeros.

¿Quién sabe si de esta hermandad, buena correspondencia y armonía, en que pusieramos a las dos lenguas, que hasta ahora han sido enemigas irreconciliables, resultará que entrando la castellana por todo este país a paso franco sin inconveniente de ningún género, y sí con muchas ventajas de la bascongada, hará también ésta por su parte la reconquista de aquellos pueblos, donde hoy se halla agonizando, y en momentos de expirar? A este fin sería preciso invitar a las Diputaciones, a que corresponden aquellos pueblos, a adoptar el método de que se trata acomodando el bascuence de los libritos referidos a sus respectivos dialectos y teniendo cuidado de conservar la misma terminología, para que fuese generalizándose en las diferentes provincias y haciéndose de este modo más inteligible nuestra lengua en todas ellas. Si la experiencia, como es de esperar, correspondiese a nuestros deseos, se podría ir, como se ha dicho, multiplicando sucesivamente los diálogos, y haciéndoles girar sobre puntos de agricultura, economía doméstica, etc., y por este medio se lograría que se enriqueciese la lengua, se extendiese la instrucción de los jóvenes y se perfeccionase la enseñanza primaria de nuestras escuelas. Ella facilitaría también en gran manera el estudio de la gramática latina, que tan dificultosa suele ser para los naturales de este país por falta de conocimiento de la lengua castellana. Y ¿cuántos bascongados que saben leer en su lengua nativa, y no entienden la castellana, no la podrían aprender por los Diálogos y aprovecharse de la instrucción que encerrarasen? Su número es considerable, incluso las niñas, que asisten actualmente a las escuelas de las maestras, y el beneficio que se les hiciera con la adopción del nuevo método, que necesariamente redundaría en bien suyo, sería imperdonable.

Creo haber evidenciado que, como dice el epígrafe de este escrito, se pueden convertir en áncoras de salvación de la lengua bascongada los escollos, en que va a naufragar de lo contrario. Que llevándola a puerto de salvación se puede hacer de ella un medio excelente de instrucción para la juventud de nuestro país. Y que finalmente conservando y fortificando este vínculo, que tanto estrecha nuestro paisanaje y confraternidad admirable, podemos adquirir un título nuevo de más para gloriarnos de pertenecer a este privilegiado y envidiable solar.